

Tra(d)iciones martianas en la literatura cubana contemporánea

Entrevista a Marcial Gala

Marcial Gala nació en La Habana en 1965 y hoy reside entre Cienfuegos y Buenos Aires. Graduado en arquitectura pero dedicado por completo desde muy joven a la narrativa y a la poesía, es, sin duda, un arquitecto de la palabra. Gala se ubica en la zona del margen para construir su literatura, no solo porque la sitúa en Cienfuegos –la más pequeña de las provincias cubanas– sino porque elige contar historias de personajes sin gloria, habitantes de los suburbios, negros pobres, artistas hambrientos de comida y de reconocimiento. Ganador del Premio de la Crítica en 2013 otorgado en Cuba a su novela *La catedral de los Negros* con la que ya había obtenido el Premio Alejo Carpentier en 2012, la crítica lo distingue como el escritor que se apropia de la jerga, del habla marginal, no con la intención de reproducirla miméticamente, sino para otorgarle proporciones artísticas, una dimensión estética que la redime (a diferencia, por ejemplo, de Pedro Juan Gutiérrez, cuyos narradores se regodean cínicamente en lo miserable de esas vidas que la crisis de fin de siglo afectó, contaminándolas a tal punto que parecen irremediablemente arruinadas). Admirador de Virgilio Piñera, José Lezama Lima, Guillermo Cabrera Infante, Reinaldo Arenas, Antonio José Ponte y Ena Lucía Portela, por nombrar solo algunos de los escritores cubanos con quienes comparte filiaciones estéticas y programáticas, Gala cuenta con una amplia producción literaria. Algunos de sus títulos: *Enemigo de los ángeles* (1995), *El Juego que no cesa* (1996), *Dios y los locos* (2000), *El hechizado* (2000), *Monasterio* (2013), *Necrofilia* (2015). Desde que vive en nuestro país, ha publicado en Corregidor *La Catedral de los Negros* (2015), *Sentada en su verde limón* (2017) y próximamente *Rocanrol* (a la que él mismo llama “mi novela de la revolución cubana”). Su cotidianeidad porteña transita entre la escritura y el dictado de talleres literarios.

En el marco de las *Jornadas Internacionales José Martí. Literatura y cine en el siglo XXI* mantuvimos una entrevista con Marcial Gala con el propósito de conversar acerca de las resonancias de la figura y la obra de Martí en la producción cubana de las últimas décadas.

José Martí pareciera seguir ocupando un lugar central dentro de las disputas literarias políticas e ideológicas que, lejos de concluir, se reactualizan. En distintos momentos de la historia cultural latinoamericana, hubo quienes pretendieron ejercer la propiedad sobre Martí, pero también aparecieron otras voces que hicieron posible la producción de diversos lugares de enunciación. ¿Qué significa Martí para vos en tanto escritor cubano?

Martí es una especie de Santa Trinidad cubana, muchos lo ven como el sumo poeta, el más grande pensador y el escritor más genial de toda la historia cubana, por tanto, monopolizar la figura de Martí ha sido y es la ilusión de muchas corrientes políticas en Cuba, y como es un pensador del siglo XIX con un ideario, además de inmerso en el positivismo, un tanto ingenuo, ha sido relativamente fácil utilizarlo como una especie de chivo expiatorio al revés, una especie de mártir de todos. Después del 59 la figura de Martí se vinculó mucho con la de Fidel, ambos formaban parte de una dualidad en la que uno prometía para que el otro cumpliera, una especie de aparato mecánico, productor de causas y efectos que debía salvar al pueblo cubano de todos los males.

La melancólica imagen de Martí, con su indumentaria de poeta del siglo XIX, el hombre más civil que ha existido si cabe, llenaba los libros de historia de Cuba, y los *Versos Sencillos* y *La Edad de Oro* formaban parte de la educación primaria cubana, una especie de catecismo ciudadano; todos memorizábamos los poemas más emblemáticos de ese libro: “Los zapaticos de Rosa” y “Cultivo una rosa blanca”. Luego para acentuar la beatificación, nacieron los *Cuadernos Martianos*, al parecer salidos de una reinterpretación tropical de aquella famosa película de Hollywood “Misión imposible”, pues todos los profesores del sistema educacional cubano estaban condenados antes de impartir sus clases (ya sea de matemática, química, geografía, dibujo técnico o lo que fuera) a vincular a Martí con la asignatura que impartía. Se formaban unos enredos

muy poco dialécticos y eso contribuía a hacer de la literatura martiana una especie de enciclopedia difícil de interpretar, aparte de contribuir al hartazgo que ya muchos sentían y sienten en Cuba con la figura de Martí que por otro lado no es culpable, al menos, de su saturación.

Más allá de los usos y abusos sufridos por la obra y la figura de Martí, tal vez resulte útil pensar en la productividad de los textos martianos más allá de las presiones que han marcado una línea de lectura. En este sentido, y en relación con su poética ¿es posible hoy pensar en escritores que se inscriban o rompan explícitamente con esta tradición?

Hay un Martí que escribe el parte de guerra más poético de todos los tiempos: “Ya no hay Flor: cayó de un balazo en el pecho” (refiriéndose a Flor Crombet, general de la guerra de la independencia). Ese Martí es uno de esos románticos del diecinueve que se esforzaban por dejar un “bonito cadáver”. Es fácil imaginárselo como a Teófilo Gautier caminando por las calles de un París en el cual el Barón de Haussmann empieza a construir sus intervenciones urbanas. Ese Martí muchas veces ha sido obviado por la crítica oficial, desde hace mucho tiempo, prefiriendo al otro, al serio Martí de las estatuas, el que hablaba de manera tan enfática que fue fácil dotar a su figura de connotaciones religiosas: Martí “el apóstol”, el que parecía que iba a morir en el año de su centenario. La palabra “morir” como emblema de todo, un Martí tan serio que es imposible bajarlo del pedestal donde lo colocaron. Por suerte muchos escritores, artistas y poetas cubanos han preferido al primer Martí, ese que tiene tanto de poeta trágico que casi llega a tocar el ridículo. El otro, el serrote ha sido el preferido desde siempre por el poder y es tan manifiesta esa dicotomía que casi se puede decir que el culto y el recuerdo de Martí tienen esa cualidad dual que se le achacaba a los maniqueos. Es posible encontrar al Martí poeta romántico, mucho más parecido a Lord Byron que a Fidel Castro en la prosa ágil, irresoluta de muchos autores cubanos de estas últimas generaciones, los mejores me atrevo a decir: desde Ena Lucía Portela, Ahmed Echevarría, Alberto Guerra y muchos otros.

El itinerario más escéptico y desmitificador de la figura de Martí lo inicia la novela de Reinaldo Arenas El color del verano (1990) que, en su tratamiento novelístico y en el de la figura de Martí se aparta totalmente de la tradición. Otra línea de disidencia se puede ver en el poeta y ensayista Gustavo Pérez Firmat en Tres poemas martianos (1989) donde señala su distancia con el fundador de la poesía y de la identidad cubana. Esta visión desprejuiciada y distante convive con una mirada más clásica y convencional de la historia oficial o de las

historias oficiales. ¿Qué pasa hoy con las generaciones jóvenes que han crecido más lejos del mito?

Es muy fácil decir “hay que retornar a Martí”, es una de esas verdades de Perogrullo en la que todo el mundo concuerda. Eso nos da una impronta de Martí como el gran olvidado de la historia cubana, cosa paradójica en apariencia porque en realidad todos hablan de Martí y si te pones a fotografiar las imágenes de Martí, sumando estatuas de cuerpo entero, bustos y fotos, concluirás que son muchísimas; sin embargo, de alguna forma, la puerta para llegar a él se ha cerrado para muchos jóvenes de la generación actual. Martí ha perdido su fijeza, se lo observa como al representante de un misterio oficial, un culto cuyos sacerdotes son los hipócritas que siempre lo llevan en los labios, de manera que proliferan las citas sacadas de contexto o simplemente espurias, y Martí desde hace mucho ya es un comodín que sirve para todo y al cual las generaciones actuales apenas le hacen caso. Está tan muerto para muchos como el miriñaque de la reina Isabel la Católica. Supongo que alguna vez los cubanos sabremos colocarlo de nuevo en el lugar que le corresponde, que no es el de ese gigante ontológico, principio y fin de todo lo posible, sino el de alguien que vivió, amó a Cuba y tuvo ideas, grandes, pero ideas de su tiempo.

Desde una línea ensayística, se ha intentado quebrar el claustro de mármol (poema XLV de Versos sencillos) en el que la Revolución colocó a Martí. ¿Esto es lo que hace Antonio José Ponte en El abrigo de aire (2000) cuando elige leer al Martí modernista, poeta, hombre de letras, un Martí que no esté aplastado por el hombre de acción que también fue? ¿Esta línea aún está vigente? ¿De qué modo?

A Martí se le ha visto muchas veces como uno de los primeros “embarcados” de la historia de Cuba, alguien que trató de construir un país con todos y para el bien de todos, idea que desde el principio a muchos generales les pareció utópica e insostenible, generales que solo querían liberarse de España para mejorar su estándar de vida y que tenían una idea muy distinta a la de igualdad que preconizaba Martí. De manera que es mucho más fácil verlo como un idealista, alguien casi salido de una novela de Dostoievski que como el clásico hombre de acción capaz de ejecutar acciones sin dudar. Martí es de cierta manera nuestro Hamlet aunque su duda esté sobre todo en su necesidad de mistificar a esos viejos generales del 95, es una duda más generosa que metafísica. Eso le ha permitido a muchos escritores nuevos tomar su figura y darle vuelta, pues Martí está abierto a tantas interpretaciones que, si tratáramos de realizar la operación que ejecutó Carpentier en *Viaje a la semilla* utilizando su vida,

el experimento sería cuando menos peculiar. Quizás debido a esto muchos poetas, escritores, artistas han tocado de manera tangencial la vida de Martí.

Tal vez otra línea posible es la que intenta desacralizar la figura de Martí desde otro lugar. Por ejemplo, el cuento de Jorge Ángel Pérez, “Locus, solus o el retrato de Dorian Gay” (1999) que plantea una relación homoerótica entre un homosexual y el prócer de la patria. Este cuento, incluso se puede pensar como un diálogo entre la nación (Martí) y el sujeto homoerótico (protagonista del relato). ¿Qué otros textos pueden ser leídos en esta línea? ¿Alguna de tus producciones pueden ser inscriptas en esta vertiente?

Sí, mirándolo de cierto modo, en uno de mis relatos, “Tres meses antes de la muerte de Pilar”, trato de parodiar uno de los poemas más conocidos de Martí “Los zapatos de Rosa” empleándolo como *leitmotiv* del narrador en tercera persona que se adentra en la historia de una muchacha llamada Pilar que vive una vida muy lejana a lo que Martí deseaba para todos los cubanos, una vida muy lejana a aquella frase de “con todos y para el bien de todos”. El personaje principal de mi historia está presa en un relato mayor, una historia distópica, en la que Martí es apenas un personaje secundario. Esta chica ha perdido la capacidad de admirar, quiere vivir de una manera lo más hedonista posible y en esa tendencia a los goces más inmediatos, ¿no hay de cierta forma algo muy inocente? El personaje de mi cuento es como una puerta que se cierra en la conformación de la nacionalidad cubana, es un producto final, casi puro, de decepción, de refugio en lo efímero, de vida en la cual todo lo que importa es el gesto, el cuerpo. Es una oposición casi al “no cuerpo martiano”, esa manera de ser de Martí que recuerda un tanto la de los iluminados medievales y la de San Juan de La Cruz, es un olvido del goce, de nuestra corporalidad. Para la Pilar de mi cuento, en cambio, el cuerpo lo es todo y de cierta manera el calor humano, la belleza, lo son. Pilar resulta casi griega en su huida

inconsciente de la tradición judeo cristiana en la que está inmerso Martí sin poder escapar.

En los ensayos Nuestra América y Madre América Martí propone la toma de conciencia continental. Esa proyección se conjuga con la voluntad de crear, esa idea bien martiana que no implica un nacionalismo cerrado, ni la negación nihilista de la cultura ni de los valores universales, sino que trata de asumir creativamente todo lo útil y productivo pero con bases propias. ¿Es posible encontrar hoy esta propuesta en la narrativa cubana?

Cuba o más bien los cubanos deben recuperar esa vocación de fiel de las Américas, pero ahora despojándola del carácter chovinista que tal expresión tiene, sería bueno que Cuba fuera una encrucijada entre las diferentes formas de entender América, y en eso Martí es ideal, sobre todo si lo despojamos de tanta barata reinterpretación de sus palabras y lo vemos como alguien que si bien dijo que había vivido en el monstruo y le conocía las entrañas, se pasó un montón de tiempo en ese monstruo y no se murió de hambre sino que se pudo preparar como poeta y pensador, así que el monstruo fue terrible, generoso y entrañable a la vez y esa dicotomía, esa manera del ser martiano que lo humaniza, que lo despoja de retórica es importante recobrarla. Y aunque no estoy muy enterado de lo que se escribe sobre Martí en otras partes del mundo, sí creo que la intelectualidad cubana o una parte de ella trata de escapar a esa tendencia a crear íconos que nos ha caracterizado y que tan malos resultados han traído para nuestra impronta nacional, y claro, aquellos cubanos situados en los márgenes o fuera de la isla tienen ventaja en ello.

Buenos Aires, Santa Rosa (La Pampa), Ana Eichenbronner y María Virginia González, 20 de junio de 2017.

